

El odio a la cultura ha mutado de los atentados en librerías a los ataques en redes sociales y censura de contenidos P 6 y 7

Zoom

El odio a la cultura

De quemar libros a agredir en internet

Juan José Fernández

En la transición se atacaban librerías como enclaves democráticos. Hoy la agresión es sutil, global y digital: *fakes* y censura en lugar de piedras y cócteles

Crecen los movimientos que abogan por censurar los contenidos mientras que las redes sociales se encargan de fomentar la polarización

«Aquellos fascistas venían con el poder detrás, con una razón que se demostraba a hostia limpia. Ahora los agresores son más sutiles». Aldo García Arias, de la segunda generación de dueños de la librería Antonio Machado de Madrid, no cree que haya desaparecido la bibliofobia violenta que de niño, vio repetidamente en ataques a la librería de sus padres. Ese odio solo se ha atenuado durante su transformación en «algo digital»... y mucho más amplio.

Habla el librero en este mayo recién concluido, en el que se han cumplido 90 años de la quema de libros en la plaza de la Ópera de Berlín al tiempo que el telepredicador Greg Locke bendecía una pira de novelas de Harry Potter en Tennessee por incitar a la brujería. El mismo mes en que el Gobierno de Ucrania ha dado por rebasado el número de 500 bibliotecas destruidas en las provincias de Donetsk, Kiev, Mikolayv y Jarkov. También este mayo el Kremlin apretó su proyecto de «soberanía cultural»: se proscriben contenidos LGBTI en literatura de nuevo cuño y se anima a los escritores a corregirse antes de que los corrijan.

En este mismo mayo cargado de bibliofobia se ha presentado la primera gran monografía sobre la violencia contra los libros y las librerías en España. En *Allí donde se queman libros* (Tecnos), los historiadores Gaizka Fernández Soldevilla y Juan Francisco López Pérez estudian atentados desde 1962 hasta 2018, cuya época más plomiza se inicia hace 50 años, en el convulso 1973.

Los dos autores, ligados al Memorial Víctimas del Terrorismo de Vitoria, recopilan 225 ataques. Un 87% de la extrema derecha y un 7% de ETA y su mundo. Hubo más

atentados, pero los eclipsó otro terrorismo, este de sangre y no de pintura, de tiros y bombas contra personas más que de pedradas y cócteles molotov contra escaparates.

El apedreamiento de vitrinas, el señalamiento del librero en pintadas, entre esvásticas y puntos de mira, y el lanzamiento de pintura o gasolina para incendiar anaqueles son las modalidades. Y Catalunya, Euskadi, Madrid y Valencia sus cuatro grandes escenarios, con 43, 40, 37 y 30 atentados.

Aldo García percibe una evolución desde las pedradas que tiraba la formación franquista Fuerza Nueva a su librería. Hoy los agresores «se adaptan a una sociedad que ya no acepta ese comportamiento, y apedrean a Vinicius en redes sociales, por ejemplo...».

El nuevo diseño consiste en «atacar a la verdad», la fabricación de «una nube de mentiras, revisionismo y negacionismo que viene de Estados Unidos», explica. Lo dice cuando Machado Libros, sello editorial de su librería, acaba de publicar *Alt Right*, la investigación del periodista Mike Wendling sobre la edificación *online* por súcubos de la extrema derecha norteamericana de una realidad alternativa, que se exporta con éxito a este lado del Atlántico. «En esa nube se refugian los que apedreaban librerías y ahora aporrean en internet».

Incubación

Se cumplen este año cincuenta de que dos jóvenes etarras entraran en la librería Cervantes de Galdácano (Bizkaia), encañonaran al matrimonio que la regentaba e incendiarían el local. El libro de Fernández Soldevilla y López relata este atentado fundacio-



Gaizka F. Soldevilla y Juan Francisco López Pérez, autores de 'Allí donde se queman libros' / DAVID CASTRO



Ataque a la librería Alberti de Madrid. 7-11-1976 / MEMORIAL VÍCTIMAS DEL TERRORISMO



nal de agosto de 1973. Participó Jesús María Zabarte Arregi, terrorista que más adelante sería apodado Camicero de Mondragón.

Una negra característica de la bibliofobia española es el asalto a librerías como arranque de las carreras de victimarios que acaban matando. No solo se dio en ETA: el ultraderechista Ricardo Saenz de Ynestrillas, procesado por el asesinato del parlamentario de Herri Batasuna Josti Muguruza, o Carlos García Juliá, condenado por la matanza de los abogados de Atocha, también se iniciaron atacando a libros y librerías, como la madrileña Rafael Alberti. Hoy, modernos terroristas solitarios –como Anders Breivik, el asesino de adolescentes en la isla de Utoya– apedrearán antes en internet ideas y expresiones culturales que les irritaban.

Pudiera parecer que *Allí donde se queman libros* abrocha un relato histórico de cosas pasadas, pero los consultados para este reportaje sospechan que el fenómeno no está concluido, solo transformado.

Emócratas contra demócratas

No hay bibliofobia sin acción del emócrata. *Allí donde se queman los libros* toma la definición del politólogo vasco Jesús Casquete: es emócrata el «manipulador de emociones con veleidades violentas».

Hubo emócratas tras los ataques a librerías en la transición, y los hay hoy tras el asedio en Facebook, Twitter o webTVs. «En nuestro pasado reciente padecemos las consecuencias violentas de la retórica de emócratas como Blas Piñar en la extrema dere-

cha o de Telesforo Monzón en la izquierda abertzale», recuerda Fernández Soldevilla, y recomienda al respecto leer los trabajos de Martín Alonso Zarza, «el mayor especialista sobre discursos del odio en España».

El odio inducido por emócratas «es un fenómeno antiguo. Stefan Zweig ya escribía que los propagandistas nacionalistas que llevaron a la I Guerra Mundial se dedicaban a «redoblar el tambor del odio con fuerza, hasta penetrar en el oído de los más imparciales y estremecerles el corazón». Antiguo, pero no prescrito: «Hoy los discursos del odio siguen peligrosamente presentes en el debate público, y las redes sociales parecen potenciarlos aún más», cree Soldevilla.

Ignacio Latierno, cofundador de la mítica librería Lagun de San Sebastián, corrobora: «Hay una fobia al contenido en el sesgo de confirmación y la polarización que fomentan las redes sociales».

Juan Francisco López se hace preguntas en torno una paradoja: «Las redes son la mayor fábrica de emócratas, y la polarización es como nunca, pero a la vez en los últimos 60 años no ha habido un nivel tan bajo de violencia política como el de hoy. ¿Las redes sociales son a la vez causa de emócratas y válvulas de escape de su frustración?»

Odiar al contenido

La noche del 14, de septiembre de 2000, a quien fuera consejero socialista vasco de Educación, José Ramón Recalde, uno de los propietarios de la donostiarrá Lagun, le pegó un tiro en la boca la misma ETA que había atacado repetidamente a la librería con adoquines, fuego y pintura. «Aquel acoso no solo era odio a un lugar de cita de cultura y democracia, era también por echarnos del casco viejo, que aquella gente consideraba su territorio exclusivo», relata hoy Latierno.

Estos tiempos no son aquellos, ciertamente. El odio a las ideas fluye bajo una costra de calma... que va por barrios. «No es igual la tranquilidad en Catalunya que los casos de presión a libreros que nos cuentan desde Castilla», apunta Eric del Arco, presidente del Gremi de Llibrers de Barcelona y copropietario de la librería Documenta.

Una madrugada de agosto de 1975 alguien incendió su local. Documenta tuvo más suerte que Cinq d'Oros o Epsilon, repetidos objetivos de la bibliofobia en la capital catalana, a veces del Partido Español Nacional Socialista, grupo nazi con menos seguidores que letras en su nombre. «Por suerte estaba ya despierto el vecino del bar de enfrente, y con unos cubos de agua pudo parar el fuego», relata Josep Cots, copropietario de Documenta. El incendiario también dejó una pintada: «Rojos no». Cots cree que «no era bibliofobia, era odio político. No son bibliofobos, ellos tienen sus libros».

Para el fundador de Documenta, es una forma más extendida de dañar la cultura «la del que no odia los libros, simplemente los ignora». Puede que el sustantivo «bibliofobia» no lo abarque todo. Dice Latierno que «no se puede hablar en algunos casos de bibliofobia, porque el libro es el objeto, pero aquellos ataques iban contra personas y librerías que mantenían una determinada actitud política y social».

Para odiar a un libro, tercia también desde San Sebastián el filósofo «y ratón de librería» Fernando Savater, «primero hay que darle importancia al libro, y dudo que hoy importe tanto el libro en sí como si se sale del *mainstream*. Ocurre hoy, por ejemplo, con un ensayo sobre transexualidad...»

Las presentaciones de *Nadie nace en un cuerpo equivocado* (Deusto), de dos profesores de la Universidad de Oviedo, han sido boicoteadas por activistas trans. Pero, pasada la transición, el escrache y el cóctel molotov es mucho menos frecuente que la violencia sutil. Refiere Savater: «Mi libro más vendido, 'Ética para Amador', se ha traducido a muchas lenguas, también en euskera. Y en ciertas librerías del País Vasco que venden obras en castellano y euskera todavía hoy muestran solo la edición en castellano, para excluirme del universo cultural vasco».

Latierno considera que, de forma distinta a la de la transición, «vivimos hoy una época en la que crecen los elementos de intolerancia, por los que se desprecian o, como se dice ahora, se cancelan, los contenidos del contrario».

Quizá el término «bibliofobia» hoy se queda corto. «Actualmente no hay posturas bibliofóbicas sino *contenidofóbicas*; es decir, censura», propone Arantxa Mellado, edito-

'Allí donde se queman los libros' recopila la violencia política contra librerías

ra, pionera del libro digital y regidora del blog Actualidad Editorial. «Toman fuerza movimientos que abogan por la censura de los contenidos, o bien prohibiendo títulos en escuelas y universidades, o bien corrigiendo textos de clásicos modernos para hacerlos políticamente correctos, como en el reciente caso de los libros de Road Dahl».

Por eso hoy sigue siendo un acto político la composición de un anaquele en una librería, elegir qué se pone a la vista. «Pero no es odio al libro, sino a la idea –opina Eric del Arco–. En Barcelona, la crispación más reciente quizá fue el *procés*. Veías reacciones de clientes de los dos lados, con lazo o sin lazo: 'Ah, ¿no tienes este libro? Pues no entro más', decían, pero no pasaba de ahí».

Para Juan Francisco López, «el libro, en especial el de ensayo y reflexión, pasa a segundo plano. Véanse las tiradas. Se acoge con indiferencia, empezando por los contrarios». Y lo dice de otro modo Mellado: «El continente, el libro impreso, se va diluyendo en el entorno líquido de contenidos, Internet, y pierde el peso simbólico que tuvo siempre. Si ahora las ideas se alojan en nubes de información, ¿pasarán de quemar librerías a quemar servidores *cloud*? Por desgracia, siempre hay cosas que quemar».